



<p><b>PRIMERA EDICION.</b></p> <p><b>DOS REALES</b></p> <p>al recibir el número.</p> <p><b>AÑO II.</b></p>	<p><b>DIRECTOR</b></p> <p><b>ENRIQUE RODRIGUEZ SOLÍS,</b></p> <p>CON LA COLABORACION</p> <p>DE LOS PUBLICISTAS MÁS DISTINGUIDOS DEL PARTIDO.</p> <p><b>Administración: Tabernillas, 8.—Madrid.</b></p> <p><b>MADRID 6 DE JUNIO DE 1872.</b></p>	<p><b>SEGUNDA EDICION.</b></p> <p><b>UN REAL</b></p> <p>al recibir el número.</p> <p><b>NÚM. 17.</b></p>
--	---	--

### SUMARIO.

**TEXTO.**—El municipio, por P. Pinedo y Vega.—Alejandro VI, por E. Rodríguez Solís.—La raza germánica, por Ángel Gamayo.—Apuntes sobre la constitución de los Estados Unidos, por Luis Alier.—Tributo de sangre por Manuel Cuervo y Enríquez.—La mujer, por Rosendo Vega Armentero.—Cuestiones científico-sociales, por J. López Ocaña.—Causas del atraso del pueblo, por Leandro Fajardo.—Alhambra de Granada: patio de los Leones.—Casas Consistoriales de Sevilla.—Alcázar de Mallorca.—Revista general, por E. Rodríguez Solís.—París en América, novela.

**GRABADOS.**—Alhambra de Granada: patio de los Leones.—Casas Consistoriales de Sevilla.—Alcázar de Mallorca.

### EL MUNICIPIO.

Los que de las ideas modernas se espantan, aquellos que vituperan la predicación de principios excentralizadores, ó ignoran la historia de nuestro país, ó manifiestan que el régimen actual ofrece á su interés un manantial de gooces que no están dispuestos á perder.

Nada tan glorioso como el sistema municipal que hizo frente en España á la formidable invasión morisca, ni acontecimiento alguno puede servir de enseñanza más fructífera á los que de bienes materiales se pagan, que recurrir el período histórico en que los municipios, completamente exentos de toda autoridad que mermase su independencia, desembarazada y libremente entregados á sus propios recursos y gobernados por autónomas determinaciones, sin olvidar por esto el vínculo de union que les ligaba al resto de la nación, despejaban

el territorio de enemigos, poblándole y cultivándole y elevándole al grado de esplendor que no tuvo reino alguno, consiguiendo, durante una larga y azarosa época, contener las demasías del rey y de los señores feudales, que buscaban su fuerza, poderío y riquezas para extender la soberanía nacional ó la particular que cuadraba á su ambición.

La *Commune*, proclamada el pasado año en París, que tanto horror ha causado por las doctrinas que en decretos expuso, no puede asustar al español que, recorriendo las páginas de la historia patria, encuentra el régimen municipal ofreciendo el gérmen de los principios que la serie de siglos trascurridos habia de desenvolver si una institución importada de suelo extraño no hubiese opuesto al desarrollo natural y lógico del progreso el dique que concentró en el supremo poder la iniciativa de todo esfuerzo.

Nuestro objeto, pues, al evocar la historia municipal de España es presentar sumariamente los hechos que caracterizaron este régimen, patentizando las ventajas que introdujo para el bienestar de los pueblos, á la vez que deducimos las consecuencias que hoy reportaría nuestra nación si manos alevas y tiránicas no hubieran desnaturalizado institución tan importante, dando fundamento al mismo tiempo para pensar seria y concienzudamente la tendencia que es preciso que ofrezca la futura revolución.

Oscuro el origen de nuestros municipios, no lo es que afectaron las formas de la curia romana. Sabido es que los romanos concedían la autonomía municipal á ciertas ciudades, que consistía en gobernarse por sus leyes y no por las de la República, disfrutando unas del derecho de sufragio y no otorgándosele á otras, pero distinguiéndose ambas de las colonias sujetas á Roma, que estaban subyugadas á sus leyes y reglamentos.

La invasión de los godos no introdujo variación ni cambio alguno como parecía esperarse de los dominadores, sino que este pueblo se sometió al sistema de la raza dominada; política que debió influir poderosamente en la confusión que no tardó en operarse, bien que fueran muy distintas las leyes, costumbres y carácter que ambos pueblos ofrecieran; y este hecho se presenta tanto más verosímil, cuanto que en tiempo de Alonso V se habló de las municipalidades como una institución antiquísima. Pero desde los acontecimientos que siguieron á la destrucción de la monarquía goda es cuando el municipio toma carácter y verdadera significación, y cuando se presenta en la historia como el régimen salvador que reintegra palmo á palmo el territorio desmembrado y sirve de escudo á las desatentadas ambiciones de los grandes.

Al contrario de lo que sucedía en otros países en que los reyes, queriendo contener las desapoderadas invasiones de soberanía, otorgaron privilegios é inmunidades á las municipalidades, en oposición á los nobles, el municipio español necesitó disfrutar grandes ventajas para cumplir una doble misión: defender el territorio de las asechanzas de la morisca y conservar la integridad de derechos amenazados por la nobleza. De uno y otro empeño pudo salir triunfante, gracias á su propio esfuerzo, á su exclusiva actividad, á su fecunda independencia.

Efectivamente, el municipio se organizaba por el sufragio y elección de oficios de todo vecino de casa abierta que emitía anualmente; los alcaldes eran los jefes de la municipalidad y administraban justicia; había jurados ó regidores que entendían en la administración repartiendo contribuciones, levantando tropas, explotando los bienes comunes. El pueblo, conocedor de sus intereses, enterado de sus necesidades y estimulado por su propio provecho á defender su casa y hogar y el honor de sus familias, procuraba dejar incólumes tan queridos objetos de los enemigos de su reposo y tranquilidad, multiplicando la actividad de sus brazos, ora para cultivar las tierras, ya para combatir las frecuentes irrupciones de los moros.

Disfrutaban, en los momentos que la saña de los musulmanes daba una tregua á los quehaceres, de la paz que proporciona la realidad de la vida, con sus manifestaciones circunscritas á la intimidad de la familia, enlazada con las exteriores en lo puramente necesario, sin temer la órden despótica de un señor á quien ni se conoce, ni se ama, ni puede estimarse, que arrancara los hijos del seno de la madre, para lanzarle en aventuras que, si algún resultado obtenían, vendrían á refulgir en perjuicio y detrimento de sí propio y de los suyos.

Alfonso XI introdujo en esta organización la novedad de hacer perpétuos algunos cargos que parece tuvo en un principio carácter local, inculcando de esta manera

el virus que más tarde Juan II habría de convertir en corrupción venal. En efecto, á este monarca se atribuye la medida de vender estos cargos, que sus sucesores desarrollaron en tan extremada proporción, que las Cortes no tardaron en pedir remedio, proponiendo «que los reyes no aumentasen el número de oficios y regidores perpétuos; que se proveyesen por elección de los mismos ayuntamientos; que no se otorgasen á extranjeros ni se concediesen cartas de expectativa de alcaldes, regimientos y ministerios públicos, ni gente poderosa se entrometiese en las elecciones y negocios concejiles.»

Esta época fué el comienzo de la decadencia municipal, más y más acentuada por el nombramiento de jueces asalariados, á quienes se denominó corregidores ó alcaldes mayores, no bastando las repetidas quejas de los procuradores para que terminase tan funesta corrupción, ni para que cesasen en sus propósitos los reyes y gente noble que, á semejanza de los patricios en Roma, que con objeto de obtener el tribunado de la plebe no se avergonzaban de darse en adopción de una familia plebeya, se introducían entre la gente sencilla de los municipios para monopolizar los oficios y supeditar los pueblos á su voluntad.

Los municipios, sin embargo, no se dejaron imponer y afrontaron los abusos resistiendo cuanto pudieron.

Además de aprovechar el mandato imperativo que los procuradores llevaban á las Cortes para poner de manifiesto los ataques que inferían los reyes á sus fueros, negándoles, en ocasiones, los impuestos, formaron hermandades ó confederaciones de municipios, encaminadas, tanto para extirpar los ladrones y malhechores, cuanto «para impedir las demasías de los magnates, asegurando los derechos de la comunidad y del ciudadano amenazados por el poder de los reyes,» émulos cuando ya no necesitaban su apoyo del poderío y fuerza que habían alcanzado.

Congregábanse aquellas confederaciones de concejos para hacer frente «á los males ó agravamientos que habían recibido de los hombres poderosos y para reformar la justicia perdida y redimir la república tiranizada, según declaración de la Junta de Burgos y la de Avila, proponiéndose guardar sus fueros, derechos, libertades y franquicias, proceder con energía contra los perturbadores del órden social, cuidar que los magistrados no abusasen de su cargo ni pronunciasen sentencia contra fuero; no consentir pesquisas ni inquisiciones políticas ni generales; impedir que ningún hombre poderoso, infanzón ó caballero, ni el rey mismo, ofendiere ni inquietare «al ciudadano en su persona» ó bienes, ni le despojasen de su propiedad; evitar que nadie fuese multado, preso ó encarcelado, ni sujeto á pena adictiva, «sino judicialmente,» y no permitir nuevas imposiciones ni pagas en empréstitos ú otras cosas desaforadas si por toda la hermandad no era acordado.»

P. PINEDO Y VEGA.

(Se continuará.)

## ALEJANDRO VI.

(Conclusión).

Poco despues Alejandro, quizás por no perder la costumbre, se enamoró de *Julia la hermosa*, hermana de

Alejandro Farnesio, que se la vendió por el perdón de un horrible crimen que había cometido y el capelo de cardenal y de la cual tuvo un nuevo bastardo.

Necesitando dinero para sus crímenes y orgías, creó nueve cardenales, los que dejaron vacantes otros tantos cargos, que vendió luego de diez á cuarenta mil ducados: esta *operacion financiera* no le produjo el resultado apetecido y entonces decidió envenenar á los tres más ricos para heredarles luego, dice el canónigo Llorente, conforme á la costumbre de aquel tiempo, y de acuerdo con su hijo César designó al cardenal *Casanova*, de los antiguos, y de los modernos á *Melchor Copis* y *Adriano Castellense*, tesorero que había sido y hombre inmensamente rico.

Seguro de que los cardenales no asistirían á un convite en su palacio, tal era su fama! pidió su quinta al cardenal *Cornetto* y le envió dos botellas del célebre vino de los *Borgias*, preparado con aquellos polvos blancos que se asemejaban al azúcar y que eran mortíferos.

Era el 18 de Agosto y el Papa, seguido de su hijo César y del cardenal *Caraffa*, se encaminó á pié á la quinta del cardenal *Cornetto*, lugar del banquete; de pronto recordó que había olvidado un medallón que contenía la hostia consagrada, y muy asustado envió por ella á *Caraffa*, pues un astrólogo le había predicho que mientras la llevara no le ofenderían puñal ni veneno: el calor sofocante de Agosto, la caminata á pié y luego el disgusto le produjeron sed y pidió de beber; el mayordomo estaba en la ciudad en busca de unos ricos pescadores, y uno de los criados que había visto llegar el vino enviado por el Papa, creyendo que sería para él se lo sirvió, y Alejandro murió aquella noche entre horribles dolores (18 de Agosto de 1505), mientras que su hijo César, que agüó el vino al beberlo, pudo salvarse, si bien quedando horriblemente desfigurado.

Segun Volaterran, el cadáver apareció tan hinchado y deforme y despedía tal olor, que el pueblo no quiso besar sus piés ni manos segun costumbre, y los clérigos le abandonaron á los carpinteros, que por ser la caja demasiado pequeña le hundieron en ella á martillazos.

El célebre historiador La Châtre protesta de los horribles crímenes de Alejandro: el canónigo Llorente dice que su ambición y perfidia y sus sacrílegos hijos turbaron á Europa y deshonraron su nombre para todos los siglos, y el Padre Berti elogia su *excelente hecho* de renovar la excomunion contra los libreros que imprimían libros sin licencia de los obispos é inquisidores.

Ortiz de la Vega dice que de ningún Papa se ha hablado peor que de Alejandro VI.

Durante su pontificado apareció el siguiente dístico:

«Tarquino fué sexto rey;  
Neron, sexto emperador:  
reina un sexto. Siempre Roma  
por los sextos se perdió.»

Tal es la opinión de los varios historiadores. Nosotros creemos que despues de leer su criminal historia y sus infames hazañas, todo cuanto dijéramos sería pálido, y esperamos que nuestros ilustrados lectores crearán, como nosotros creemos, que la vida del Papa Alejandro VI no necesita de alabanzas, pues ella sola se alaba.

B. RODRIGUEZ SOLÍS.

## LA RAZA GERMÁNICA.

Todos los siglos, todas las épocas parecen obedecer á un secreto y sobrenatural instinto, á una voz, á una palabra mágica, á la cual parecen rendir tributo y obedecer todos los dogmas y poderes constituidos.

El siglo xv se conmovió, trastornado en sus cimientos, ante la palabra *Reforma*, que, brotando desde el oscuro recinto de la celda de un modesto y desconocido monge, cambió repentinamente la faz del mundo civilizado é hizo vacilar al pontificado sobre las gradas de su sòlo, y á las monarquías todas de la vieja Europa.

Poco despues, bajo la despótica dominación del cardenal Richelieu en Francia, que todos los poderes y todos los derechos absorbía con su política exclusivista y centralizadora, una nueva frase señaló al pueblo francés la futura vía por la cual había de encaminar más tarde, en el siglo xvii, sus primeros é inmortales pasos en el sendero ilimitado de las revoluciones.

Esta palabra fué la *Fronde*.

Posteriormente á esta virginal epopeya del holocausto de un pueblo sacrificado en aras de su independencia, el trono de Carlos V, cubierto de vergüenza y luto, tuvo que esconderse y refugiarse tras el cadalso de Padilla y el inanimado y rígido tronco de Lanuza.

Las comunidades y las germanías, sangriento y glorioso compendio de la protesta de todo un pueblo, del mal comprimido encono de una dominación extraña y en perpétua rivalidad con la personificación de sus antiguos derechos, conquistados al través de una dilatada herencia de lágrimas y sacrificios, fueron en España el primer albor que iniciaba en el futuro la santificación de la libre y espontánea independencia de épocas y generaciones indefinidas.

Mas tarde, del seno de aquellas primitivas expansiones revolucionarias, de aquellos sencillos motines y alharacas en que el elemento popular no obedecía á otro instinto ni á otra creencia que á un rutinario, ignorante y fanático personalismo, surgió potente, gigante y majestuosa en toda la plenitud de su grandeza, la verdadera síntesis de la palabra revolución, el ideal humano, en ningún Código escrito, por ningún legislador recopilado, pero comun, inalienable y consiguiente al hombre, como á la expresión de la existencia la diaphanía de los espacios y el equilibrado consorcio de los elementos físicos; en suma, la humanidad fué digna de la esencia de su nueva trasfiguración bajo el noble, puro y deslumbrante crisol del anhelado emblema de la realidad de una frase, producto de la suma de otras muchas... la *democracia*.

Conforme, pues, en todas las épocas existe una mágica palabra que parece destinada á despertar á la humanidad de sus letargos, á conducirla al través de bruscos sacudimientos y terribles hecatombes por el ilimitado sendero del progreso, así también existen pueblos y razas favoritas, en cuyas manos parece confiarse por el secreto impulso del destino la libre práctica ó la reconstrucción de nuevas conquistas y regeneraciones, en las universales é independientes esferas del mundo físico, moral é intelectual.

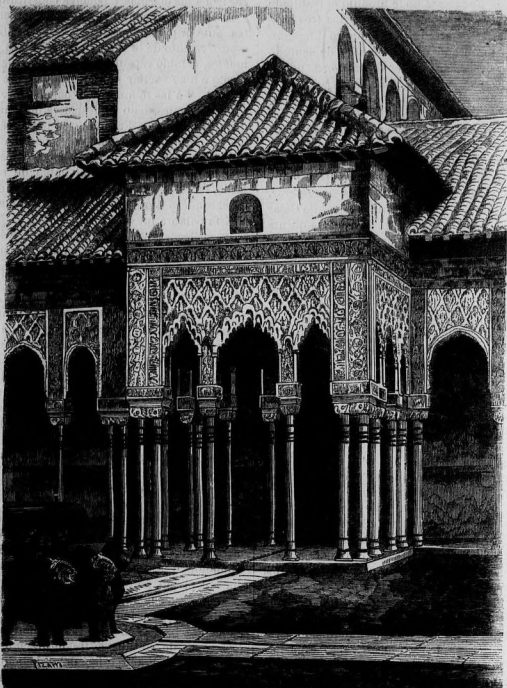
En la vigorosa y fecunda época primitiva de la ju-

ventud del mundo, las razas orientales fueron las que por largas y dilatadas generaciones sostuvieron en sus manos todo el peso de la herencia de los siglos.

Todos los conocimientos humanos, todas las libres y espontáneas manifestaciones de la inteligencia radica-

ron en aquellos patriarcales pueblos tez morena y corazón de fuego.

Existe, sin embargo, una ley universal, ley inexorable y justa que mide el tiempo y el espacio, y que al cabo de un dilatado transcurso de generaciones, sobre



ALHAMBRA DE GRANADA.—PATIO DE LOS LEONES

los aun humeantes escombros de la Babel humana, erige el nuevo y futuro templo del porvenir.

El Asia, esa magnífica leyenda donde todas las religiones se inspiraron, y en donde todas las ciencias y las artes tuvieron su natural y legítima patria, hoy yace estacionada y muda á la sombra de sus eternas y simbólicas pirámides; cadáver yerto é inanimado enemigo del movimiento de las inteligencias y de los siglos; incorrupta mómia de pasados y desconocidos progresos,

pero en cuyos rígidos y helados miembros la civilización y el porvenir se escollan.

No han faltado sabios que al dirigir su vista á los espacios hayan pretendido demostrar que ese globo de pálidos y melancólicos reflejos que se llama *Luna* no es más que el resto inanimado de un mundo que ha existido en tiempos remotos; misterioso *hospino* de ignota historia, tal vez importante fracción de un todo uniforme, disgregado, arrancado y lanzado en la inmensidad



por una atracción violenta y sucesiva, consecuencia de un cataclismo universal de la naturaleza en un instante de desequilibrio ó dispersión del elemento.

De semejante manera hoy día el Asia se aparece á nuestra vista. Es el espectro de un mundo soberbio en su grandeza, de un mundo en el cual la humanidad escribiera la primer página de su inmortal historia; pero en el que hoy día no se encuentra más que extensas llanuras de ardientes arenas y confusa y heterogénea mezcla de pueblos y de razas, sin porvenir, sin estímulo, sin existencia propia que las ecamine por el sendero de la vida.

Ved hoy al árabe, de bronceada faz y de acerados miembros, ayer orgulloso y potente conquistador del universo; que un día con su victoriosa cimitarra dictara caprichosas leyes desde el Estrecho hasta las fértiles y pintorescas márgenes del Danubio; vedle hoy, salvaje y mísero, envuelto en sus andrajos, vagar errante de llanura en llanura, sin más sociedad que el león de las selvas, ni otra misión sobre la tierra que vejetar año tras año, ora á la sombra de los sepulcros de sus gloriosos antepasados, ora en las asquerosas encrucijadas del Cairo y de Constantinopla, donde inútilmente la planta de la civilización del europeo se esfuerza por dejar un visible rastro de su huella.

¿Qué le queda al Egipto de sus pasadas grandezas? Una raza sin nacionalidad, dividida por sectas abigarradas y multifórmes; Babel confusa de pueblos y de idiomas, que gradualmente se hunde, se dispersa y desaparece á medida que el vapor rasga el Istmo, y que el silbido y los negros espirales del humo de la locomotora hacen estremecerse en la tranquila soledad de sus ruinosas tumbas al fantasma de sus Faraones.

Tal es el Asia desde el Bósforo hasta la gran muralla del imperio chino; por otra parte impenetrable barrera de granito, tan impenetrable como los jeroglíficos de sus sacerdotes y las leyes de sus mandarines.

Nada puede esperar el mundo moderno por este lado.

El Asia ya ha cumplido su misión sobre la tierra: sus razas y sus pueblos, antes sabios y conquistadores, hoy no son más que los dispersos fragmentos de una poderosa generación agonizante y moribunda.

El porvenir hace volver los ojos á ese vasto y aun poco conocido continente americano, refugio un día de un puñado de corazones libres, desterrados de su país por el despotismo de los reyes, y que fueron á refugiarse á la sombra de los sombríos *toocalis* del Nuevo Mundo en demanda de un cielo puro y benéfico y de un aire diáfano y sutil, perfumado con las santas brisas de la independencia y la libertad del hombre.

Los *puritanos* crearon lo que un Dios, al cabo de treinta siglos de sacar el mundo de los incomprensibles abismos de la nada, todavía no había logrado ver.

Un pueblo libre.

Ese pueblo libre existe, nebuloso y sombrío aun, sistematizado en sus progresos, demasiado docto en sus manifestaciones, de entusiasmo apagado, de frío cálculo y en el cual el espíritu egoísta y mercantil ha sofocado la pasión, la virilidad en todas sus decisiones. Una gran misión le está reservada sin abandonar sus costas; el deber y el porvenir le destinan á unificar toda la América bajo un mismo lábaro, desde la costa del Fuego

hasta las heladas vertientes del Estrecho de Behering. Todas esas pequeñas y turbulentas repúblicas del Sur, un día patrimonio ilegal de España, pues ilegal será siempre el derecho de conquista, viven hoy en irreconciliable y enconada lucha, esterilizado su virginal y fecundo suelo, con la sangre de innumerables víctimas sacrificadas en aras de turbulentas y personales ambiciones, eterno sello, digna herencia de los que les dieron su nombre, su idioma y su sangre á trueque de un puñado de oro.

Tal vez mañana, si por medio de uno de esos fenómenos imprevistos y de desconocidas causas, los nobles descendientes del *puritanismo* logran apagar el fuego de sus intestinas y civiles discordias, envíen sus acorazados monitores á esta ciega Europa, y la ronca voz de sus cañones sea el preludio de una nueva fe, de un nuevo día.

Entonces el Nuevo Mundo tendría satisfacción su deuda histórica con el Viejo Mundo.

Pero esto no parece lo más inmediato, lo más normal. La Oceanía, por otra parte, solo es hoy una colonia de presidiarios en manos de la Europa, que por todas partes donde estámpa su huella civilizada parece congratularse en, á trueque de conquistar por el pronto una posesión más, labrar para el porvenir pueblos envilecidos, hijos ingratos, que un día la expulsen y la afrenten de todos sus dominios.

La última guerra entre Francia y Prusia, sin necesidad de volver los ojos á otras regiones, ha revelado de un modo palpable y demasiado evidente que en el seno mismo de la vieja Europa existe un enemigo poderoso; existe, no una palabra, sino una nación entera; es más, no una nación, no un pueblo, sino una raza viril y enérgica, enorgullecida con sus presentes victorias, y ávida de extender sus conquistas y su autonomía moral y política, abarcando todos los poderes sobre la superficie de todos los pueblos latinos.

Este amenazador y terrible adversario es el slavismo, es la raza germánica, raza que, desde los helados desiertos del Norte, en aquellas solitarias é infecundas regiones, se lanzó hambrienta y desesperada, con todo el proxismo de su ambición y su codicia, sobre los débiles muros del imperio romano; raza, por último, que en su hercúleo esfuerzo tuvo una vez al universo oprimido y subyugado bajo los férreos cascos del caballo de Atila, y hoy, después de quince siglos, pretende dictar sus despóticas leyes al compás de la voz enérgica de sus máquinas de fuego y exterminio.

La raza germánica, sabia, inteligente, sóbria y convertida en un solo brazo, movido por el absolutista capricho de un autócrata ambicioso, puede ser un enemigo demasiado terrible, si los demás pueblos de Europa, si toda la raza latina, en fin, no opone un dique, una poderosa barrera á sus gigantescos esfuerzos.

Esta barrera no estriba en demócratas monarquías, cuya vida es solo una lenta y penosa agonía, y cuya existencia está reñida con su propio nombre, no; esta barrera, este dique, solo se encuentra en la *Federación universal* del hombre con el hombre.

ANGEL GAMAYO.

## APUNTES SOBRE LA CONSTITUCION

DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

Al concluirse la guerra de la Independencia atravesaban los Estados-Unidos por una crisis que les ponía al borde del abismo. La bancarrota amenazante, la miseria, la impotencia en el exterior y la anarquía y el motín en el interior llamaron la atención de todos los patriotas, que comprendieron había llegado el caso de fundar algo estable y permanente, ó de que se perdiesen los frutos de la guerra por el fraccionamiento de la América en trece Estados particulares. Este trabajo, el de hacer una union fuerte y definitiva, fué el que acometieron Hamilton, Jay y Madison, secundados por Washington.

Convencidos estos hombres ilustres del poder de los intereses, tomaron la cuestion por este lado, y aprovechándose de las diferentes disidencias que, ya sobre navegación de rios, ya sobre tarifas á los productos extranjeros, surgian entre los diferentes Estados, se dirigieron al pueblo, proponiéndole la reunion de una Convencion en Annapolis, Maryland, reunion en la que solamente se hicieron representar cinco Estados y cuyas sesiones empezaron en 1.º de Setiembre de dicho año. No desanimados por este descalabro tomaron el partido de dirigirse al país en un nuevo mensaje, manifestándole que la cuestion comercial no era aislada, y que siendo política en el fondo era necesario de todo punto discutir el mismo principio de gobierno. Propusieron por lo tanto el nombramiento de una nueva Convencion que examinase los vicios de la Confederacion y que se reuniese el segundo lunes de Mayo en Filadelfia, encargándose de introducir las reformas que fuesen convenientes para someterlas á la aprobacion de los Estados y del pueblo.

Muchas fueron las dudas y vacilaciones de Washington antes de decidirse á tomar un partido sobre el particular; pero apremiado por lo creciente de los peligros que por todas partes se presentaban, y aguijoneado ya por las instancias de sus amigos, ya por las murmuraciones de los que decian que se mantenía á la capa para hacerse el hombre necesario y aprovecharse de las circunstancias en beneficio propio, aceptó la delegacion del Estado de Virginia y se presentó en la Convencion de Filadelfia, que lo eligió presidente. Los momentos eran criticos; eran aquellos en que los motines populares se sucedian en el Massachusetts, en que se verificaba la bancarrota del papel moneda y se suscitaba una cuestion con España por la navegacion del Mississippi, y en que el Estado de Nueva-York daba el último golpe á la Confederacion negándose á pagar la deuda interior y exterior de los Estados-Unidos.

Reunida ya la Convencion en Mayo de 1787, continuó sin interrupcion sus trabajos hasta 1789 en que se promulgó la Constitucion, dándose el espectáculo original y completamente desconocido para Europa de que durante este periodo cesaran todos los disturbios y rivalidades, á pesar de lo opuesto de los intereses y de lo ardiente y enconado de las pasiones.

Este fenómeno nunca visto en Europa, como dejamos

dicho, donde todo trabajo constituyente ha sido casi siempre el origen de grandes catástrofes y convulsiones políticas, tiene una explicacion muy sencilla que encierra una gran enseñanza política. La Convencion de Filadelfia tenia un mandato expreso y categorico; el de hacer una Constitucion, y no traspasó en lo más mínimo los límites de este mandato. Limitóse por lo tanto á sus tareas legislativas, y como quedaba siempre indemne la soberanía del pueblo, no pudo haber entre este y el poder legislativo causa de colision alguna motivada por la usurpacion del poder ejecutivo. El pueblo no enajenó su soberanía ni en todo ni en parte; la delegacion de la Convencion fué una verdad, y por lo tanto no tuvieron la desgracia de caer en el despotismo ó anarquía en que indefectiblemente se cae cuando la soberanía del pueblo se pone en manos de cuatrocientos ó quinientos hombres llenos de pasiones y de intereses personales. Este espectáculo, repetido varias veces al reformar su Constitucion en aquella época, y posteriormente en las repetidas reformas que casi continuamente están haciendo todos los Estados en sus Constituciones respectivas, prueban de una manera incontestable que en América se entiende por *Convencion*, comision, encargo, y que en Europa se traduce por despotismo.

Mucho contribuyó á tan felices resultados la buena fé que animaba á todos los partidos, al pueblo y á la Convencion; pero no deben olvidarse las virtudes extraordinarias de Washington, su abnegacion y patriotismo, así como tambien son dignas de mencion las altas dotes de Hamilton, el buen sentido y perseverancia de Franklin, y la buena voluntad y talentos de Madison Jay y otros cien que seria prolijo enumerar.

(Se continuará.)

LUIS ANER.

## ¡TRIBUTO DE SANGRE!

Aun corria mi plácida inocencia  
de ensueños de oro por azul espacio,  
bajo un cielo de rosa y de topacio,  
sobre un mundo de luz y de placer.

Aun dormia mi espíritu tranquilo  
á la sombra del árbol de la infancia,  
velado á la dulcísima fragancia  
del amor virginal de una mujer.

¡Era aun niño! Mi labio sonreía  
como sonríe la naciente aurora,  
como el ave del bosque moradora,  
en su nido sonríe al despertar.

Y feliz con mis flores y mis juegos  
bello nacer y hundirse el sol miraba.  
No amaba á la mujer, no; pero *amaba*  
como nadie en el mundo puede amar...

Amaba, sí, una virgen cariñosa,  
una virgen flotando en resplandores;  
escapada del cielo, los colores  
ostentaba del iris en su sien.

Virgen que en medio un sueño aparecía,  
llegóse á mí y me dijo:—Yo te adoro...  
besáme, y entre un beso tan sonoro  
como un eco, le dije:—Yo tambien.

Y ambos el goco del amor sentimos,

y ambos el cielo del amor tocamos.  
y ambos amor eterno nos juramos,  
viviendo el uno para el otro amor.  
Y ambos unidos en abrazo tierno  
pasamos juntos la inocente vida;  
ella halagando mi ilusión querida,  
yo gozando en su halago y su candor.

Yo corriendo tras ella delirante,  
ella riendo alegre y fugitiva;  
ora volviendo la mirada esquivo,  
ora parando su ligero pie.  
Ella rizando mi infantil guedeja,  
yo destrenzando sus melenas de oro;  
y ambos á un mismo tiempo:—Yo te adoro...  
diciendo, en prenda de amorosa fé.

Eras tú, *Libertad*; tú eras la virgen  
que despertó al amor mi alma de niño;  
tú, la que me robabas el cariño  
á mis hermosos juegos del hogar;  
tú, la que enardeció mi fantasía;  
tú, la que me inspiraste mil cantares;  
tú, la que conjuraste mis pesares  
tu acento misterioso al escuchar.

¿Dónde estás, *Libertad*, que ya no me hablas?  
¿Dónde estás, ¡oh mi amor! que no respondes?  
¿Por qué te ocultas, di; por qué te escondes  
cuando no puedo ya vivir sin ti?

¡Vuelve, vuelve, paloma arrulladora,  
vuelve á posar tus alas en mi seno...!  
¡¡Triste silencio de fantasmas llenol!  
¡*Libertad*, ay, tú has muerto para mí!

¡Has muerto, y tus caricias, tus halagos  
solo, ¡ay de mí! con mi niñez vivieron;  
y hombre ya, tus sonrisas se volvieron  
de mi infancia marchita al panteón...!  
¿Qué me resta...?—El consuelo de un pasado  
de inocentes placeres y de amores,  
en medio de un presente de dolores  
y un porvenir de sangre y de opresión!

¡Has muerto para mí... ¿Mas por qué lloro?

¿Por qué con quejas mi infortunio agravó?

¡Tú no puedes vivir como el esclavo  
virgen mía, mi virgen *Libertad*!

¡Tú, que eres el aliento del Eterno  
desterrando del mundo luto y penas,  
tú no puedes vivir entre cadenas  
negada á la oprimida humanidad!

Tú no puedes prestar tu faz hermosa  
á burlas del tirano maldecido,  
ni cual torpe reptil aborrecido  
arrastrarte de un déspota á los pies.

Tú no puedes hollar los santos fueros  
de la humana razón y la justicia,  
ni apadrinar el crimen, la impudicia  
que se ciernen de España en el pavés...

¡Yo sí! yo puedo desgarrar la entraña  
de la mujer que me llevó en su seno;  
amargar su existencia con veneno  
y de sus brazos para siempre huir.  
Abandonar la paz de la familia,  
doblar mi cuello al infamante yugo,  
y aun empuñando el hacha del verdugo  
ir con ella matando hasta morir.

¡Yo sí! yo puedo ser á Dios ingrato;

yo puedo renegar de mi conciencia,  
y del mundo que juzga, en la presencia,  
gritar:—¡Muera mi padre! ¡Viva el rey!  
Yo puedo hacer cuanto hace un insensato  
sujeto siempre á voluntad ajena;  
¡que hay una ley sangrienta que lo ordena  
y no vale ser hombre ante esa ley!  
¡Adios, mi dulce libertad amada;  
adios mi gloria, mi ilusión, mi vida!  
tú no me repudiaste, no, querida;  
tú no me abandonaste, que yo fui...  
Si alguna vez la soledad visitas  
de los que vierten del esclavo el lloro,  
pide mi sangre, pues que yo te adoro:  
¡soldado ó libre, moriré por ti!

MANUEL CURROS Y ENRIQUEZ.

Madrid, Mayo 29 de 1872.

## LA MUJER.

¡Qué hermoso, qué bello, qué dulce es ese ángel que habita la tierra y que se llama mujer! El bate constantemente sobre el hombre sus blancas, sus castas, sus protectoras alas; él es su guía, su égida, su felicidad, su todo.

Bella en su conjunto, hechicera en sus sonrisas, encantadora en su acento, insinuante en sus miradas y terriblemente seductora en sus lágrimas, es la mujer el núnem sublime que inspira al hombre, el rico sentimiento que le domina, la pasión que más le halaga, el incesante deseo que hace de su vida una vida de afanes, de esperanzas, de gloria.

¡Ah! Si yo poseyera el sentido lenguaje del bardo; si mis dedos tañeran como los del apasionado trovador; si mi mente pudiera remontarse en alas del entusiasmo como la del atrevido é inspirado poeta y como este engolfarme en las nítidas corrientes de lo ideal, entonces... entonces yo cantaría á la mujer, ensalzaría sus virtudes, enaltecería lo grande y bendito de su destino en la tierra, y á todas horas, con el alma llena de misteriosas y embriagadoras emociones, con el corazón palpitante y todo suyo, y con el acento trémulo, entonaría una cántiga amorosa de esas que no tienen fin, que tienen ecos para todos los corazones, sonidos para todos los oídos, luz para todos los ojos, destellos para todas las inteligencias y que pueblan los ámbitos del universo de armonías deleitosas; que son todo encanto, todo insinuación, todo verdad; que sin seducir atraen, que sin embelesar cautivan.

¡Oh, sí, bendita una y mil veces la mujer!

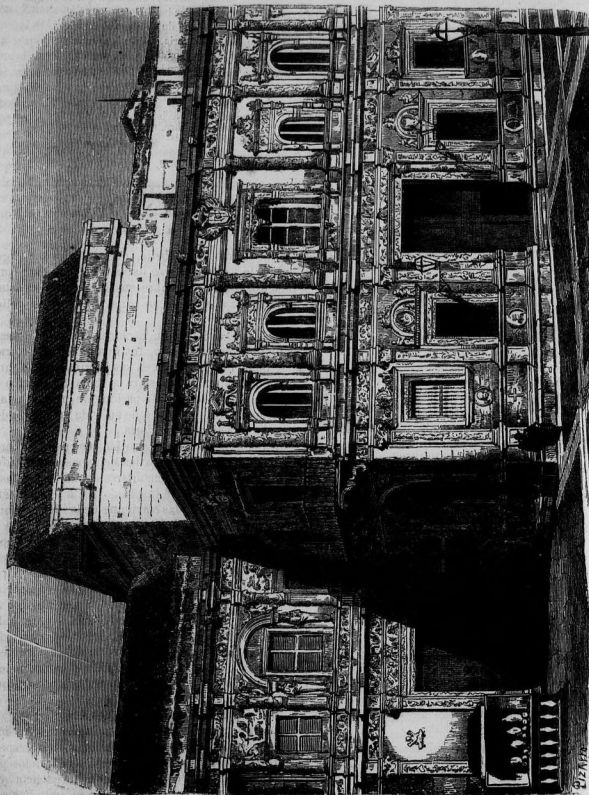
Ella aplaca nuestras penas, mitiga nuestros dolores, nos consuela en nuestras aflicciones, nos inspira los sentimientos generosos, las ideas elevadas, los pensamientos grandes; endulza nuestra existencia y vela nuestro sueño, y al sueño cierra nuestros ojos con los besos de sus labios.

Todas las felicidades, todos los goces, todos los atributos que la más pródiga dicha rinde al hombre á impulso del benéfico soplo del Creador que los esparce abundantes, brotan y crecen al fecundo aliento de la mujer.

¡Qué bello es cuando acariciado el corazón del hombre por el ángel de fuego é inflamado en ardiente llama comienza á sentir las primeras y puras emociones del amor, blancas y castas vírgenes que le acarician

con sus impalpables manos envolviéndole en raudales de misteriosa ventura!

¡Qué hermoso es cuando sumergidos en un sueño de languidez ó melancolía, ó adormecidos en una esperan-



CASAS CONSISTORIALES DE SEVILLA.

za de los cielos, recibimos, estremecidos de placer, el primer beso, de amor de nuestra amada; beso más puro que el olor de la azucena, que el aleteo del fénix, que la sonrisa de un niño!

¡Qué hay más dulce y divino en la tierra que refun-

dir nuestra alma en el alma de la mujer que adoramos, hacer de su vida nuestra vida y unir al nuestro su corazón, para que de esta suerte, latiendo juntos, no teniendo más que una sola aspiración, un solo deseo y una misma voluntad, se abracen en un igual destino y re-

corran por un camino sembrado de flores el limitado término de la vida?

¿Qué hay más seductor que una mujer, cuando sonríe como una mañana de primavera, alegre como la mariposa de los campos y cariñosa como el halago de una madre, entona al lado de su elegido, contemplándole con dulce é infinita mirada, ese canto de amor que, exhalado por su pecho, palpitante de gozo, melodizado con sus suspirantes y apasionados labios y poetizado con su bello pensamiento, le enseña á adorarla, le impulsa á bendecirla, y le dice, con el acento de la persuasión y la verdad, lo grande, lo inmenso, lo infinito de su amor por él?

¡Sí, sí; bendita una y mil veces la mujer!

Vedla buena hija cómo es el encanto, el hechizo, el consuelo, la esperanza de sus padres. Vedla amante esposa cómo comparte placentera las alegrías, las tristezas, los dolores de su esposo; cómo le sigue á todas partes, sufriendo si él sufre, gozando si él goza; cómo, en fin, le da todo su sér entero, ofreciéndole una vida tranquila y feliz y dejándole ver un porvenir sonriente y dichoso, de esos que son como la fantasía de un paraíso deseado, acaso ilusorio, con todo género de delicias, sin sombras ni torcedores, que hacen de la existencia como un instante de plácida dulzura, deslumbrando el alma con un relámpago de luz increada, vivo resplandor que la envuelve en brillantes y profusas corrientes que bajan de los cielos.

Miradla cariñosa madre cómo consagra todas sus fuerzas y cuidados al bienestar de sus hijos; cómo vela por ellos, viéndolos crecer con ávida mirada, sonriéndoles, contemplando arrobada su inocencia en sus graciosos juegos, recibiendo sus caricias, que devuelve con usura, llorando si ellos lloran, riendo si ellos rien, pensando si ellos penan; porque no siente ni goza sino con sus hijos, en quienes se mira recreándose como en limpio espejo, á los que consagra su vida, su fortuna, su porvenir, y por los cuales trabaja, acaso padece, acaso muere, porque sus hijos son su corazón, su alma, su todo.

Vedla, en fin, siendo tan esencial y necesaria á la sociedad, como lo es á las flores el rocío del cielo. Y sin embargo, todavía no está emancipada la mujer; no se la ha colocado aun en el camino de la dignidad y del respeto que la aparten del miserable estado que la convierte en un mueble de lujo; continúa en la precaria condición que la han creado las oscuras instituciones de tiempos odiosos; no tiene casi derechos, ni protección; es considerada como un instrumento que se explota, y víctima siempre, sufre y calla, porque otra cosa no le es dado, y sucede muchas veces que, como el pájaro que perdió su libertad y vive cautivo entre los alambres de la estrecha jaula, no se queja, sino que, al contrario, canta alegre, porque su resignación y su bondad son excesivas.

Pero en este triste y lamentable estado no debe continuar la mujer. Es preciso emanciparla, darla todos sus legítimos é imprescindibles derechos; legarla, no un porvenir de miseria, abyección y ludibrio; no una mañana eterna continuación del ayer, sino un porvenir de libertad, de instrucción, de adelanto y de felicidad, que haciéndola respetuosa y respetada, la prodigue venturas

y satisfacción; y protegida por leyes sábias y celosas que la defiendan con una tutela especial, hacer que todo lo que la rodee la sea agradable, útil, deleitoso y amado; y de esta suerte, la mujer, ese grande elemento constitutivo de la sociedad, asentado y afianzado sólidamente, contribuirá al desarrollo de la perfección social, que tanto necesitan los pueblos, cansados de esta larga noche de ignorancia, de aficciones y miserias.

Por fortuna, vendrán días en que la República protegerá y emancipará á la mujer, dándole libertad y asegurando sus derechos y su dignidad, labrándola un porvenir de perfección, cultura, dignidad y valía, arrancando de su explotada conciencia las indignas preocupaciones y el estravagante fanatismo que tanto la humillan y que tanto contribuyen á esclavizarla y á mantenerla ignorante é ignorada.

Vendrá la República, y con ella la cultura, el progreso, la luz, la libertad, y entonces el hombre, amando y bendiciendo á la mujer y consagrándose á ella, comprenderá que es esta tan necesaria á la sociedad como es necesario el aire que respiramos, y que no se concibe la sociedad sin la mujer, como no se concibe el día sin la purísima luz del sol.

Valladolid y Junio de 1871.

REMIGIO VEGA ARMENTERO.

## CUESTIONES CIENTÍFICO-SOCIALES.

### HIGIENE DEL PUEBLO.

(Continuación)

#### VIII.

Llegamos á una de las grandes cuestiones higiénicas, á la de los temperamentos é idiosincrasias.

El sentido práctico que esta cuestión envuelve y el favorable resultado que á la salud reporta el conocimiento de ella, obligánnos á llamar la atención de los lectores sobre este artículo, que además de hacer comprensibles muchos otros contiene el alfabeto higiénico, si así nos es permitido decirlo.

Temperamento es el predominio de un sistema generalmente esparcido por la economía, é idiosincrasia el mismo predominio con relación á un órgano.

Los autores están muy divididos con respecto al número de temperamentos, por efecto sin duda de la mala interpretación dada á la palabra, y otro tanto sucede á los médicos, quienes tampoco fijan, en concepto nuevo, el valor verdadero de la definición.

Si son tres solamente los sistemas que predominan en el cuerpo del hombre, y al predominio de un sistema se llama temperamento, ¿á qué admitir con algunos escote de la razón, ese nombre mitológico que se llama temperamento bilioso?

¿Hay por ventura un verdadero sistema biliar en el hombre, ó es la bilis segregada por el órgano bígado?

Nosotros, que relegamos al olvido esa jerga, esa antiqualla que como la atrabillis y pituita nos parece in-

ventada para aumentar las ridiculeces del tecnicismo, no admitimos más que tres temperamentos principales, nervioso, linfático y sanguíneo, y un número igual de secundarios; sanguíneo-nervioso, nervioso-sanguíneo y linfático-nervioso, según el sistema que aparezca á nuestra vista más desarrollado, ó si son dos, conforme al predominio de uno sobre otro.

El temperamento bilioso de los antiguos y aun de muchos modernos es el llamado nervioso, y como á él acompaña siempre la idiosincrasia hepática, condicion *sine qua non*, háse creído por esto que constituía uno nuevo, cuando no hay en realidad tal cosa ni es posible que la haya mientras subsista la actual definición.

Entramos en estas discusiones de escuela que al parecer no reportan resultado alguno positivo, porque siendo el temperamento un dato de mucho valor para el diagnóstico de las enfermedades, creemos que, en gracia á la salud del ciudadano, deben tratarse todas estas cuestiones incidental y brevemente, tanto para que el pueblo las conozca y sepa la higiene de cada uno de los temperamentos, cuanto por estimular á plumas mejor cortadas que la nuestra á que fijen los principios fundamentales de la ciencia.

El número de idiosincrasias es igual al de los órganos del cuerpo humano, y ante la imposibilidad absoluta de dar demasiada extensión á esta serie de artículos, sintetizaremos la cuestión diciendo que, así como en el individuo nervioso el órgano más desarrollado es el hígado, así en el sanguíneo suelen ser los pulmones, constituyendo la idiosincrasia pulmonar ó pleórica que acompaña á los individuos cuya musculatura ha llegado al máximo de su desarrollo.

Además de estas se conocen: la cerebral, si el individuo está dedicado á trabajos de gabinete; la gástrica, la genital, etc., según, repétemos, el órgano que tenga predominio sobre los demás con relación á su desenvolvimiento.

Los signos físicos del individuo nervioso son: poca gordura, energía física, color amarillento ó térrico, venas superficiales y cabellos negros ú oscuros.

Los morales se resumen en una gran excitabilidad, fijeza en las ideas y una imaginación despejadísima. Su exquisita organización es tan apta para emprender titánicas empresas y llevar á cabo actos de verdadera virtud, como para consumir el crimen más atroz que pueda registrar la historia.

La vida del campo, el ejercicio moderado, baños fríos, alimentos poco excitantes y bebidas tónicas son los medios profilácticos que aconseja la ciencia á los individuos de dicho temperamento.

Los linfáticos tienen cabellos rubios, ojos azules generalmente, piel blanca y fina, labio inferior más grueso que el superior, articulaciones redondeadas y carnes blandas.

Estudiados moralmente se ve que son perezosos, poco sensibles á los agentes exteriores, carácter apacible y los más refractarios al estudio.

Deben sus alimentos ser reconstituyentes, sus vestidos ligeros y de abrigo, las bebidas amargas, la vida de las montañas, baños de agua corriente, y sobre todo huir de habitar sitios pantanosos y casas frías y mal ventiladas.

El temperamento sanguíneo se reconoce por el color rosado de la piel, cabeza pequeña, cuello corto, pecho ancho y redondeado, miembros voluminosos, articulaciones fuertes, buenas facciones y cabellos pardos ó castaños constantemente.

Son los sanguíneos muy dados á los placeres del amor y á los de la mesa, de imaginación parada, de carácter apático, de pulso fuerte y desarrollado, de gordura regular, fisonomía animada y buena estatura.

La higiene les recomienda vestidos ligeros, países templados, baños de río, vida activa, trabajo intelectual mediano y un régimen racional, con prohibición de excitantes y bebidas espirituosas.

Como quiera que de la union de un temperamento con otro resultan los temperamentos mistos que ya hemos dado á conocer, parecen inútil hablar de ellos cuando, sabida la higiene de los principales, puede colegirse la de estos sin gran esfuerzo de imaginación.

Sin embargo, para que cada cual pueda dictarse las reglas convenientes á la conservación de su salud, diremos que el individuo tendrá temperamento nervioso-sanguíneo cuando predominando en su organismo los elementos nervio y sangre, resulte aquel con respecto á este en proporción mayor, y vice-versa, siendo prolijo que añadamos que en el primer caso deberá ser la higiene del nervioso la recomendada, y en el segundo la del sanguíneo, por ser ambas las más semejantes y las que guardan más armonía con su condición individual.

El temperamento linfático-nervioso, que es el propio de la mujer, tampoco merece que le describamos especialmente, una vez hecha la advertencia que se consigna en el párrafo anterior.

Hay quien admite otro temperamento llamado linfático-sanguíneo, cuya existencia negamos nosotros también, porque no comprendemos que puedan unirse lo blanco y lo negro sin perder su coloración primitiva, y sin que resulte un color pardo distinto enteramente de aquellos.

Un temperamento con el otro no tiene relación alguna de afinidad, y esta es la razón poderosa que nos mueve á desecharle, como lo han hecho en general todos los autores que han escrito sobre la materia con abundante copia de datos.

J. LÓPEZ OCAÑA.

(Se continuará.)

## CAUSAS DEL ATRASO DEL PUEBLO.

(Continuación.)

Ningún remedio existe más eficaz para hacer amar una profesión cualquiera, que dedicarse á ella y acostumbrarse á ejercitar sus facultades en esa ocupación. Ningún motivo tan fuerte é infalible para mirar con indiferencia un acto cualquiera, como no dedicarse á él ni acostumbrarse á su ejercicio. ¿Cómo, pues, han de tener los obreros predilección al estudio de las ciencias si no están acostumbrados á esos trabajos de carácter tan distinto á los que ellos se dedican?

Existe además, principalmente en España, otra causa del atraso del pueblo que, si no tan poderosa y difícil



de destruir como la miseria, es más general y ha influido de una manera grande, inmensa, en nuestros trabajadores. Esta causa es el apego á nuestras antiguas tradiciones y el desprecio con que generalmente se mira lo que procede del extranjero solo porque no es español, porque tiene origen en otro pueblo que quizás haya sido un antiguo enemigo.

Ocupada la España durante la Edad media por dos razas diferentes en religion y costumbres, sostuvieron una lucha encarnizada por espacio de ocho siglos sin tregua ni descanso; cuando nacia un hombre se le consideraba como un nuevo adalid de Jesús ó de Mahoma, y era necesario instruir á ese niño, quizás de inclinaciones pacíficas, en el odio á todo lo musulmán ó á todo lo cristiano. Lucha sangrienta y bárbara, pero heroica y sublime, atendiendo á las costumbres y opiniones de aquella edad.

Esta continua guerra que hacian los cristianos á los árabes sin recibir auxilios de ninguna parte, sino fiados en sus propias fuerzas y en la energía que presta la defensa de sus hogares, esa guerra de razas, pero principalmente de religiones, en que se consideraba al musulmán como la antítesis del cristiano, habia de tener su término, venciendo al pueblo afeminado, sábio, civilizado y corrompido el otro pueblo fuerte, bárbaro, tenaz y virtuoso. Y en efecto, la fiera española con su fanatismo y sus virtudes increíbles venció al génio poético de los árabes, cuya imaginación necesitaba palacios como el Zaara y la Alhambra, y cuyos jefes eran grandes matemáticos y famosos astrónomos.

Pero una guerra de esta naturaleza influyó mucho en las costumbres del pueblo, convirtiéndolo en fanático hasta el exceso; de manera que sentia odio á todo lo que no fuera católico. Las ideas no pasaban por su inteligencia sino despues de haber sido purificadas en los conventos, y á la sola excitacion de sus monges corria furioso á destruir las herejías ó á sacrificarse como un mártir furibundo en las espadas de los contrarios.

La religion; hé aquí la piedra inmaculada ante quien se estrellaban las nuevas ideas de razon y de libertad. A todos los argumentos, á todos los hechos se anteponia la fé ciega en esa religion que los habia libertado del yugo musulmán, en esa religion de los conventos y de los papas, tan diferente de la predicada por Jesús, como son los principios y máximas morales de las fórmulas rutinarias y extravagantes; religion, en fin, que es una mezcla informe de las máximas del mártir, de las prácticas supersticiosas de los judíos y de los misterios de los gentiles.

Así cuando otras naciones se regeneraban al soplo de la libertad y se desprendian del principio de autoridad que las enervaba hasta encadenar su pensamiento al pensamiento de otros hombres respetados por su antigüedad, España tenia un tribunal *infallible* para castigar á los innovadores, y en nombre de un Dios que murió por dar la libertad al hombre, quemaba á un Atahualpa en el Perú, asesinaba á los infelices guanches de las Canarias, ejecutaba á los condes de Egmont y Horn en Flandes, á Montigny en España, arrojaba á los industriosos árabes y judíos y á tantos millares de herejes y hechiceros, que eran en resumen, ya unos desgraciados víctimas de la traicion de algun enemigo ó

falso amigo, ya, y esto era más natural, algunos sabios y honrados ingenios que se atrevian á dudar de algunas verdades *infallibles*.

El pueblo español, educado en estas costumbres, y no conociendo más maestros que frailes tan estúpidos como intransigentes, que le enseñaban á tener odio á los infieles ó herejes, y por consiguiente al extranjero, se iba quedando rezagado en el camino de la civilización cuando los otros pueblos adelantaban; y si en estos aumentaban las escuelas, las universidades, las bibliotecas y los museos, en el nuestro aumentaban en la misma proporcion las iglesias, ermitas y conventos, no pudiéndose llamar verdaderas universidades las que en España existian, donde no se enseñaba más filosofía que el ridículo escolasticismo, como lo prueban las suñilezas inútiles de nuestros antiguos jurisconsultos, ni más ciencias que la teología y algunas nociones incompletas de matemáticas y medicina.

Aquella guerra célebre, causa del fanatismo de que ya he tratado, contribuyó tambien al atraso del pueblo bajo otro aspecto que el religioso; contribuyó tambien por el orgullo que dió á nuestra raza, y que hizo creer á nuestros padres que éramos la primera nacion del mundo en valor, atrevimiento y constancia.

El orgullo por nuestras pasadas glorias, llevado hasta el extremo de despreciar á otros hombres y á otras naciones, y que nos hizo ser los tiranos del Nuevo Mundo y los intransigentes católicos de Flándes, degeneró en vanidad cuando cayó la nacion española desde la altura y libertad pasadas ante los alcázares de los últimos y soberbios austriacos y ante los primeros y últimos Borbones. Pensando que fuimos victoriosos por la fe que estaba difundida en nuestro ánimo, y que las otras naciones nos miraban con horror y admiracion, creimos bastarnos á nosotros mismos y que nada se podia adelantar variando de costumbres, y por esto miráramos con desprecio á los extranjeros y á lo que de ellos procedia.

La industria, los arriesgados viajes de los navegantes ingleses y holandeses, las filosofías racionalistas y experimentales de Alemania, la espontaneidad y atrevimiento franceses y los infinitos adelantos que se sucedian con rapidez en los siglos xvii, xviii y xix no eran resortes bastante poderosos para hacernos mover de nuestro quietismo, y los consideráramos como empresas y descubrimientos pigmeos comparados con nuestra antigua grandeza.

¿Qué importa que Copérnico y Galileo descubran y estudien los espacios y este mundo, que Bacon pronuncie la máxima sublime de que nuestros conocimientos vienen de la observacion ayudada por la razon, que Huigrens construya los primeros relojes y que el telégrafo y el vapor funcionen en otras naciones, si España tiene bastante con pensar en su antigua grandeza y despreciar á los extranjeros porque no llevan el heroico nombre de españoles?

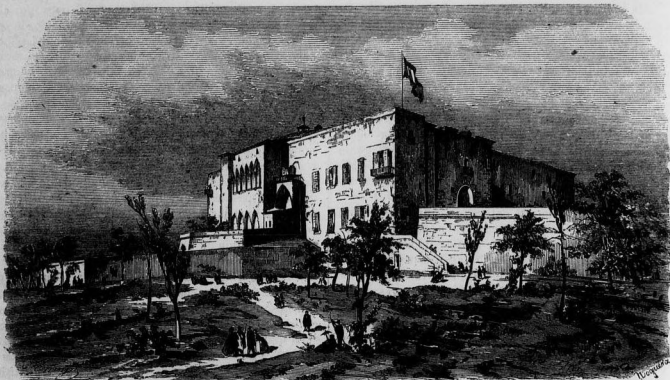
Estas ideas, alimentadas en el pueblo por el clero, los nobles, los historiadores y los poetas, y perpetuadas por el lujo y boato increíbles de nuestra corte que hace creer en una nacion de felicidad y delicias, han impedido mucho el paso á las nuevas ideas y á los grandes trabajos. Esta vanidad sin razon de ser es tambien la causa

más poderosa del odio que tienen á los extranjeros las personas poco instruidas de los pueblos; y en lugar de considerar como hermanos á otros hombres que en particular ningún mal nos han hecho y que serán honrados y laboriosos aunque hablen otro idioma y sean de distintas costumbres, los miramos con prevención y los ponemos á nuestros conciudadanos.

El espíritu de nacionalidad y de patria conduce á excesos que no se juzgarán con criterio cierto sino cuando, concluyendo los diferentes Estados, vea el hombre que por una miserable cuestión de honor, por una bandera rota, por un pleito entre dos particulares, ó una criminal ambición, se han sacrificado millares de víctimas, cuyos huesos contribuyen á hacer más sólida la muralla que separa á dos pueblos hermanos. Hasta que

el hombre no conozca que su patria es el mundo y que las naciones son idealidades que nos hemos formado para igualar la pequeñez de nuestros mezquinos comienzos; hasta que el hombre no juzgue con imparcialidad á sus semejantes, sin atender á nacionalidades ni á patria, las guerras con sus crueldades y su cortejo de desgracias nos asolarán é impedirán la marcha de la civilización y del progreso. Pues bien, este espíritu de nacionalidad, este amor á las antiguas tradiciones que excluye el amor más racional á las reformas justas, es una causa del atraso del pueblo; una causa grande, eficaz del atraso del pueblo español principalmente, que es el que con más exceso ha profesado estas ideas.

La religión y la guerra eran las ocupaciones de nuestros padres hasta una época no muy lejana, y las que



ALCÁZAR DE MALLORCA.

mejor consorcio formaban para llegar al mismo fin, á la extirpación de los herejes y á la destrucción del paganismo. No era raro ver á un feroz guerrero endurecido en los combates postrado ante una imagen cualquiera pidiendo á Dios que le diera la suerte de matar á muchos enemigos, y ménos raro al ver á un santo varón con una cruz en la mano arengando á un ejército ó á un pueblo para que corriera presuroso al combate y venciese exterminando ó pereciera en la demanda.

Había razones poderosas para dar la preferencia á estas carreras sobre todas las demás: la guerra era la profesión más honrosa que conocía el hombre y la que más risueño porvenir le presentaba; la religión, ó su sinónimo el convento, era la profesión santa por excelencia y de donde salían esos santos varones que, como San Francisco, San Bruno y Santo Domingo, eran la admiración y pabmo de sus edades; de manera que cuando se canonizaban á perezosos mendicantes, á inquisi-

dores furibundos como San Pedro de Verona y Pedro de Arbués y á reyes guerreros como San Luis, era probable que se excomulgase á un honrado padre de familia que no tenía otros goces que sus hijos, verdaderos ángeles que colman de felicidades la existencia del hombre de bien.

El pueblo se acostumbró á ver cubiertos de laureles á una turba inmunda de asesinos y ladrones, llamados pomposamente grandes héroes, y se acostumbró también á ver deificados á unos hombres que, por no vivir del trabajo, esperaban cuantiosas limosnas; creyó que todas las profesiones y oficios útiles eran otros tantos medios para desviarse del buen camino que los otros seguían; y de ésto provino ese placer por las fiestas y recuerdos sangrientos, tristes reminiscencias que nos han legado los usos de aquella época, y como consecuencia la pereza para el trabajo y esa falta de actividad que es proverbial en los españoles.

No seré yo jamás calumniador del pueblo, ni lo insultaré con epítetos injuriosos, porque conozco las causas de sus vicios y sé de dónde procede su ignorancia; pero me libraré de caer en el otro escollo, más peligroso por sus resultados, en convertirme en su adulario ponderando sus virtudes y su resignación, aunque ocultando al mismo tiempo sus flaquezas. Conozco que en el pueblo existe un principio casi instintivo de nobleza y buena fe que atrae á nuestra imaginación y que nos hace amar sus costumbres é inocentes pasatiempos; conozco que en el pueblo español hay muchas originalidades dignas de ser estudiadas; un sentido común exquisito, como lo demuestran sus refranes y proverbios; un amor á la libertad arraigado en su corazón, como lo prueban las guerras de las comunidades germánicas y la tan célebre de la Independencia; pero conozco también que el trabajo y la actividad no son las virtudes sobresalientes de los españoles. La falta de voluntad para el trabajo y la indolencia de nuestras costumbres ha sido causa de que otras naciones nos motejen de perezosos y poco adelantados en todos los ramos del saber humano, y que siempre seamos imitadores rutinarios de nuestros padres, sin que hayamos hecho nada por nuestra parte para perfeccionar los conocimientos de otras personas.

Nos falta también la constancia de los alemanes é ingleses para no desesperar de la ineficacia de un experimento, y proseguir en su ejecución hasta conseguir lo que deseamos, ú otra cosa distinta que nos haga modificar nuestras opiniones. Es cierto que esta inconstancia proviene muchas veces por causa de nuestro carácter meridional impresionable, enemigo de la monotonía de los trabajos de la razón y del cálculo; pero también contribuye mucho á aumentar la ociosidad y el abandono ó negligencia de nuestras operaciones.

Y la perseverancia y fuerza de voluntad en una idea ú objeto cualquiera es la causa más poderosa de los grandes inventos y de las sublimes concepciones del hombre. El hombre observador y atento, aun á las menores circunstancias, tiene un fondo de conocimientos enseñados por la misma naturaleza, superiores muchas veces á los que se pueden adquirir por la lectura de una obra; porque los primeros son siempre ciertos y evidentes, no nos engañan jamás; y ojalá que sucediera otro tanto con los segundos, hijos quizás del capricho de algún autor desocupado.

LEANDRO FAJARDO.

(Se continuará.)

## ALHAMBRA DE GRANADA.

PATIO DE LOS LEONES.

La Alhambra merecía una especial descripción por sus hermosas salas del más puro estilo gótico-arabesco, cuyos techos descansan sobre finísimas columnas de mármol de una sola pieza, airosas y flexibles como palmeras; por el exquisito trabajo de sus adornos, por sus Salas de la Justicia, Dos Hermanas y Abencerajes; por su magnífico patio llamado de los Arroyanos ó del Estanque; por el llamado de los Leones, en el que se admira una extraordinaria pila de mármol blanco de una sola pieza; por su

jardín del Andaraje; por su salita de secretos; piezas de baños, y sus salas de Dormitorio y el Tesoro; pero este trabajo excedería del corto espacio de que disponemos, y remitimos á nuestros lectores al bellísimo dibujo que publicamos en la pág. 206, pequeña muestra de ese alcázar maravilloso, que, según la feliz expresión de un poeta, *no ha tenido, no tiene, no tendrá rival*.

## CASAS CONSISTORIALES DE SEVILLA.

Comenzó su construcción en 1527, siendo Asistente de Sevilla D. Juan de Silva y Rivera: de 1539 á 1545 las dirigió el maestro Juan Sánchez y fueron terminadas en 1556.

Los cuerpos constituyen el edificio: el primero lleva cuatro pilas tras colocadas de dos en dos y en el espacio las columnas de Hércules con el Plus Ultra, las armas de la casa de Borgoña y preciosos medallones.

En el segundo cuerpo cuatro columnas corresponden á las pilas tras inferiores, llevando en los espacios que sus grupos dejan bustos de guerreros, así como en el centro de la fachada campean las armas de la ciudad y del cabildo en amorosa unión.

La mejor es sin disputa la parte del Este, que mira á la plaza, con sus pilas tras de caprichosos capiteles, sus medallones y niños arrodillados; el segundo cuerpo ostenta en lugar de pilas tras columnas relevadas, cuyos frentes se adornan con foliajes de delicada ejecución; y la ventana del centro, sobre la cual campea el águila imperial de dos cabezas coronadas, es magnífica; son notables también sus balaustrados y frontones con las armas del Asistente Casa-Rubios, los frisos, y la graciosa balaustrada con candelabros y florones.

Gónios, escudos y cabezas adornan el vestíbulo, y al frente, en la parte superior del muro, véase un gracioso templete ornamental con esta inscripción:

*Concilium nobilissimæ civitatis hispalensis.*

Latinos dísticos á los lados enseñan la justicia que han de presidir á las decisiones del municipio.

La sala Capitular alta, que corresponde con la baja, con gradas y colgaduras de damascos carmesíes iguales á la de esta, magnífico artesonado y en el testero un San Fernando de Murillo, demuestra haber sido edificada con posterioridad á ella, aunque en la misma centuria.

El resto del edificio, así la escalera como la espaciosa galería y todos los demás departamentos son dignos de tan suntuoso edificio; así que las Casas Consistoriales de Sevilla están reputadas como uno de los más notables edificios del Renacimiento.

## ALCÁZAR DE MALLORCA.

Comenzaron las obras de este Alcázar en 1280, por orden de Jaime II, que habitó en tanto el palacio episcopal, y las cuales fueron suspendidas en breve por la caída de este monarca.

Al sombrío palacio de Mújamid y de los Ben Ganigas reemplazó el actual, si bien la parte más grandiosa, como la torre del Ángel, ha desaparecido.

En su capilla armó caballeros Pedro el Ceremonioso á varios de su acompañamiento, y en dicha torre se encontró preso Simón Ballester cuando la insurrección de los pueblos de la isla contra la ciudad, y de la cual salió para el suplicio en 1487; y el célebre Juan Crespi, jefe de la germanía mallorquina. Hoy los muros de Belter no son sino un triste recuerdo de tiempos que pasaron.

## REVISTA GENERAL.

Este gobierno, reaccionario y tirano, intenta ahogar la libertad de España entre los brazos de hierro de esa mayoría mentida y complaciente, é imponernos un nuevo yugo con las aceradas puntas de las bayonetas de un puñado de *condottieris*, que no en vano tenemos un amo italiano y nos gobierna la política florentina.

La *gacilla* del gobierno inserta en su número de anoche un párrafo escrito sin duda alguna en el gabinete del ministro, y que dice así:

«Entre las oposiciones ha circulado hoy la *intencionada* noticia de que el gobierno se proponía adoptar una política enérgica y decisiva.»

Y más adelante, al ocuparse de la reunion de la mayoría en el Senado, consigna que el Sr. Santa Cruz plantea con gran valentía la cuestion, describiendo el estado del país y lo extraordinario de las circunstancias, y preguntando á la reunion si prestaría todo su apoyo *incondicional* al gobierno, tanto en la esfera política como en la económica, acordándose así despues de un discurso del Sr. Sagasta, que á nombre de sus amigos se mostró decidido á apoyar *absolutamente* al gobierno.

«No es verdad que el suelto primero y la reseña anterior parecieron escritos por la misma mano y encaminados al mismo fin, esto es, á preparar una situacion de fuerza que permita al gobierno suprimir el resto de libertad que nos queda, barrenar las leyes revolucionarias que aun existen y rasgar la Constitucion en todo cuanto á sus fines no convenga?»

¡Valiente gobierno, valiente mayoría y valiente Sagasta!

A propósito: todavía los millones de Ultramar continúan *extraviados*, y el Sr. Sagasta se encuentra en libertad á pesar de las grandes voces con que le llama la justicia.

La *Tertulia*, órgano de los radicales, da por muerta la revolucion, y exclama:

«Pero si no existe la revolucion, existen los revolucionarios, y si necesitan luchar con torrentes de sangre vuestras infamias, dispuestos se hallarán á abrir sus venas generosamente y á gritar mientras duren sus alientos:

«¡Viva la revolucion!»

El *Imparcial* da grande importancia á la reunion que han de celebrar en Madrid sus representantes de provincias, y añade que sus resoluciones pueden ser de *gran trascendencia* para la política española, consignando luego que *pierden el tiempo los que se proponen influir en las resoluciones que el partido radical adopte en su próxima reunion general*.

Justa y merecida leccion á todos aquellos que han tratado de atraerse á los radicales. Los radicales han sido, son y serán siempre tontos; por ellos la historia es un papel mojado; toman las ofensas por favores; se enfadan como los chicos; ahora rien, luego lloran; aceptan hoy lo que desechaban ayer, y como buenos realistas, su único afán y su único Dios es el presupuesto.

Hé aquí por qué no hemos podido leer sin indignacion el siguiente párrafo que copiamos de un colega:

«Algunos republicanos de los más templados se congratulan con la esperanza de formar un gran núcleo para las tendencias hacia una República á la francesa, con algunos elementos radicales de gran influencia...»

No y mil veces no: aquí no hay republicanos templados, aquí no hay ni puede haber sino verdaderos republicanos federales, y ¡ay de aquel que en estos supremos instantes para la República y la patria intente dividirlos ó mistificarlos! ¡Ay de aquel que pience en Republicas á la francesa! ¡Ay de aquel que trate de levantar un *traidor Versailles* enfrente de un *héroe Paris!* ¡Ay de aquel que intente renovar aquellas sangrientas y fratricidas luchas, porque el carro de la revolucion lo aplastará con su terrible empuje!

Aquí no hay más que verdaderos y leales republicanos, que va-

mos á la Revolucion con verdadera fe, patriotismo y energía á plantear la República democrática federal con todas sus legítimas consecuencias.

Podrá haber ilusos que piensen en una *República democrática*, compuesta de *republicanos templados y radicales avanzados*; en una República un tanto aristocrática y guerrera; podrá haber quien intente dividirlos, porque la máxima monárquica ha sido siempre *el divide y vencerás*; pero eso en caso de intentarse, así es que puede intentarse es en Madrid, donde los radicales están en mayoría, y aun así sería preciso pasar por cima de los cadáveres de todos los republicanos madrileños, que antes convirtieron la capital en ruinas que tolerar tamaña infamia; y en cuanto á las provincias, á esas provincias verdaderamente federales, enérgicamente republicanas, valerosamente revolucionarias, no hay que temerlos; van á la revolucion para plantear la República federal, y esta será la que triunfe con todas sus lógicas, razonadas y legítimas consecuencias. Si hay traidores, peor para ellos, porque serán fusilados sin compasion; cuando se trata de salvar la patria no deben tolerarse abusos ni traiciones; la sangre de los traidores limpia siempre la conciencia de los leales.

Bueno es con todo que nuestros correligionarios de provincias vivan muy alerta para evitar cualquier lazo ó emboscada.

Dice La *Epoca*: «Los periódicos de provincias vienen reflejando la triste impresion que en todas partes ha causado el que las esperanzas concebidas por el convenio de Amorevieto no se hayan realizado por completo.»

Ni siquiera *incompletamente*, caro colega; las facciones aumentan en Navarra y Vizcaya; los carlistas fusilan,—como lo ha hecho Velasco con Galle padre é hijo,—á todos los que han firmado ó aceptado ese convenio, que ellos califican de *segunda marotada*; D. Carlos, ya restablecido, se dispone á penetrar en España; Tristany se encuentra ya en Cataluña, y el coronel Sr. Alcantara, jefe de Estado mayor del general de Barcelona, ha llegado á Madrid á conferenciar con el ministro de la Guerra acerca de las proposiciones que allí adhiere la insurreccion.

Se ha lucido el héroe de Arjonilla con su famoso convenio; creemos que por esta vez el principado *voló*.

El discurso pronunciado por el eminente Castelar en el Congreso se reputa hoy como el mejor de los que ha pronunciado hasta el día; verdad que siempre sucede lo mismo; pero no falta quien asegure que, así por la sobriedad de exposicion, como por la intencion de la frase y su aguda ironía, su discurso es un modelo de elocuencia parlamentaria. ¡Lástima que su autorizada voz haya resonado en esa *Lázara*, en la que no debieran escucharse más discursos que los de Caudan, el del *pan negro*, los de Aucha, Mansi, De Blas y compañeros mártires.

Dice un colega que el espíritu de la prensa republicana es cada día ménos pacífico, y que todo su afán estriba en aconsejar el retraimiento y la lucha armada. Conformes, caro colega; y ¿sabeis por qué? Porque el partido republicano, que adora á España tanto como desprecia el presupuesto, no encuentra más salvacion para la patria, para levantar el crédito, salvar la industria, el comercio y la agr cultura, detener la bancarrota y afianzar la libertad, el derecho y la justicia, que el retraimiento y la revolucion armada, elevando sobre las ruinas de esta vieja y gastada monarquía la República democrática federal con todas sus legítimas consecuencias.

Lisso.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1873.—Imp. de R. LARAJOS, calle de la Cabeza, 37.